

lidad en domesticar y entretener la fiera revolucionaria, siempre rugiente de furor interno y hambrienta siempre de regias carnes. Sin embargo, cada paso que adelante daban los coligados, rehacía los regios ánimos, confortándolos con engañadoras esperanzas. Antonieta, en sus ilusiones, expresaba el deseo de hallarse reclusa en una torre de marfil, como las tradicionales de los mágicos encantamientos, viendo irse aquellos fugaces días en breve sueño. El Rey, por su parte, continuaba trazando líneas en su imaginación y haciendo planes de próximo salvamento. Sólo por una confianza en éste absoluta se comprende y explica mostrara la firmeza mostrada contra los revolucionarios y tratase á Pétion en persona como lo trató, con palabras de conquistador, y no con sus antiguas afabilidades de carnero. Pero ver la reacción de Lafayette y no aprovecharla; darse á Pétion en todo para luego sospechar de todo en él; precipitaba los acontecimientos hasta unos términos tales, que movían á cada hora un conflicto, el cual traía sin remedio aparejada una subvención. Como todo palacio se halla envuelto en misterios, del misterio gustaban estos cuitados herederos del poder antiguo, en mal hora nacidos. Había un señor Merville, á quien le daban los fondos secretos, como carnaza propia para detener y conjurar los tiburones hambrientos, cuyos coleteos y resoplidos y saltos amenazaban de zozobras y naufragios la nave del Estado. Así Merville enviaba por segundas manos dinero, proveniente de la lista civil, á los muñidores más furiosos de la revolución. Y estos muñidores, un poco dementados por haberseles subido á la cabeza el mosto de las ideas nuevas, pero incapaces de indignidades tales, como venderse, han ido manchados á la posteridad que admitió como corriente moneda una calumnia, rectificada también por una crítica muy serena en vista de papeles muy fehacientes. Pero la Reina creía que mandaba dinero á Danton, por ejemplo, á Brissot, cuando este dinero se lo comían, como acontece por regla general en todas las conjuras, los perversos mismos encargados de su repartición para el soborno y el cohecho. Había muchos revolucionarios impacientes como Couthon y Gangreneuve, soñando con inmolaciones de patriotas verdaderos, y con atribuir estas inmolaciones maquiavélicamente á la corte, con objeto de que un furor colectivo estallara en el acto, consumiera el Palacio; pero Danton, Robespierre, Brissot mismo, decían muy alto palabras muy feroces con ánimo de alimentar las esperanzas populares á pura frase, y remitir á lo más tarde posible la catástrofe. Así, Robespierre se perdía en laberínticos discursos de horas y más horas, invocando al imperecedero rey de la naturaleza, pidiendo juramentos retóricos en el altar de la patria, compuestos por pensadas y frías frases, mientras Danton fulminaba sus rayos y les iba sacando punta con tenacidad á todos los sucesos adversos al régimen antiguo para continuar blandiéndolos sobre la cabeza de los monarcas en cóleras olímpicas. Callado como un volcán reconcentradísimo, resuelto á resoluciones inquebrantables, no queriendo las palabras sino para que fuesen subseguidas de actos, consideraba un hato de charlatanes á los jacobinos y hacía todo lo hace

dero en pro de la común causa, mientras los demás, ó departían entre sí mismos sin resultados, ó hablaban en público sobre todo con vaguedades y sin tasa. Imagínese cuál coyuntura para este revolucionario de acción la despedida del Alcalde. Así comenzó á batir el oleaje con sus miradas de rayo y con sus resuellos de huracán. Sus paniaguados salieron por las calles profiriendo gritos de muerte contra el Directorio que acababa de suspender á Pétion. La obra del club jacobino, club generador de discordias, en aquella noche del beso de Lamourette, se redujo á deshacer la concordia que había hecho el Cuerpo legislativo por la mañana. Beso de Judas llamaban al beso de Lamourette unos; y otros le ponían al lado del beso que Carlos IX imprimió con sus labios regios en la mejilla de Coligny, después de haber decretado su muerte. «¡Que nos vuelvan á Pétion!» gritaban las muchedumbres por todas partes en los senos de la capital.

Acercábase á más andar el momento de renovar las federaciones en una fecha tan litúrgica de la revolución, como es el aniversario del asedio á la Bastilla, que celebrarán los pueblos libres perpetuamente. Como hay fuerzas de disgregación dirigidas á producir los individuos con sus derechos individuales contra la sociedad, hay fuerzas de concentración dirigidas á salvar la sociedad con sus bases formidables, aun á costa de los individuos. Parece imposible; uno de los factores más temidos arriba, el elemento federado, brotaba, no de las fuerzas disgregantes, y de dispersión; brotaba de las fuerzas atractivas, de los afines químicos, de las concentraciones múltiples, fuerzas generatrices y sustentadoras de la sociedad. Una espontánea y natural asociación popular, con disciplina observada voluntariamente, trazaba una especie de pacto como escrito en el aire, y con medios de obligar tan poderosos que se formaba un organismo, en el cual subordinábanse los órganos unos á otros, constituyendo verdadera entidad y mostrando un solo espíritu. Por su amor á las libertades públicas, estas asociaciones participaban del carácter progresivo connatural á la revolución; y por sus ordenanzas vigorosas, casi militares, participaban del carácter conservador connatural á todas las instituciones de verdadera estabilidad. En su organismo perfecto eran motores y frenos á un mismo tiempo tales sociedades, sirviendo á esas combinaciones mecánicas, que no retardan el movimiento hasta paralizarlo en la reacción, ni tampoco lo aceleran hasta hundirlo en las revoluciones. Aquellos federados sentían las esperanzas más vivas y profesaban el culto más religioso por todo cuanto en su época tendía de suyo á la expansión; pero no querían detenerla con exageraciones, ni mancharla con excesos. Así había en este movimiento de concentración, provocado por las disoluciones revolucionarias, algo de lo que hubo, al terminar la Edad Media, en las hermandades castellanas; espontáneamente nacidas, al temor de los choques tremendos entre la Realeza y la Feudalidad, como un seguro, donde hallarían los débiles, asociados y disciplinados, defensa contra los poderosos de las mesnadas feudales y asideros contra el naufragio universal. No brotó la Federación de una consigna previa, ni tuvo

un organismo aparejado, ni debió su fácil hechura y sus buenas obras á ningún partido militante; la espontaneidad completa de sus formaciones muestra que no la producía ningún artificio, sino la sociedad entera, quien produce toda aquella que necesita en estas crisis agudas y en estas supremas circunstancias. Así, unos días estos pueblos, otros días aquellos pueblos, van formando tales asociaciones voluntarias sobre un pacto libremente admitido y enderezado al seguro de la paz pública y al cumplimiento de las leyes constitucionales. El personal honor, la cívica virtud, el socorro á cada individuo de la sociedad y á toda la patria francesa, la oposición formidable á los desórdenes, el reparto de armas en defensa de la independencia nacional sugieren colectivos sentimientos, á cuya virtud estas organizaciones políticas surgen y se mueven como á un soberano impulso, indeliberado é inconsciente, de toda la vida y de toda el alma social. Aquellas gentes, bajadas unas de los montes, ascendidas á las ciudades otras de los valles, congregándose, cual si una voz misteriosa los llamase á pelear por el augusto comienzo de la libertad, como pelearan sus padres en las cruzadas por el sepulcro milagroso de Cristo, ignoraban lo que hacían; pero lo hacían, y haciéndolo así, preparaban dentro los primeros esbozos de una democracia incipiente, que deberá durar por siglos de siglos, como para fuera promovían aquellos voluntarios, inspirados á la manera de los héroes griegos, revestidos de fuerzas armónicas en sus legiones organizadas con proporción semejante un ritmo, cantando la Marsellesa, el cántico de la libertad, parecido á una voz sobrenatural del alma de la patria.

La federación tenía su fiesta religiosa, conmemorativa del mayor acto revolucionario, el triunfo sobre la Bastilla, día catorce de Julio. ¡Cuánto se conoce la necesidad imprescindible de creer y adorar que tienen los pueblos, al verlos sustituir las procesiones sagradas con las procesiones cívicas y las fiestas consagradas en el almanaque cristiano con las fiestas consagradas en el almanaque revolucionario! Por el año noventa y dos tomaba extraordinaria gravedad el solemne festejo de la Federación. Los aliados á las puertas de Francia, el Rey á brazo partido con el pueblo, los batallones voluntarios levantados por el amor á la patria y el odio al extranjero, en pugna con París el ejército reunido para la resistencia en los campos del Nordeste, juntos los templados y los exaltadísimos en el bando de la revolución, desbandada la gente conservadora y constitucional, el maldito elemento de la emigración en armas y en amenazas, los recelos suscitados arriba y los fervores abajo por la cita de innumerables federados en París cada día mayores, el pueblo disgustado por las varias medidas tomadas contra su ídolo Pétion, el municipio ensoberbecido, roto el departamento conservador, lleno París de milicianos provinciales impacientes por las innovaciones, presentábase la fiesta federal, no como un recuerdo sacro de la revolución pasada, como un estímulo espoleador de la futura revolución. Así reinaban en el palacio de los reyes angustias cruelísimas. Estos desgraciados no se daban, en su inconsciencia, cuenta de que libraban la redención del trono sobre un hombre que traía entre sus furgones la

ruina de Francia. Desde la hora terrible de tal divorcio entre los intereses del pueblo y los intereses del trono, convertíase por fuerza para los reyes el trono en cadalso. Así, mientras el pueblo festejaba la toma del torreón último donde se defendiera el privilegio, acariciaba al Rey la esperanza de que llegasen pronto á París los reedificadores de la Bastilla. ¿Cómo poner al unísono el corazón de los reyes y el corazón de los pueblos en esta interna discordia? Instintivamente los reyes temían del pueblo la guillotina, y á su vez el pueblo temía de los reyes la traición. Y estos sentimientos se recrudecían y exaltaban, faltos de mutuas pruebas, que dieran luz á las respectivas sospechas y perdidos en las sombras espesas del misterio. El pueblo no podía patentizar sus recelos sino en manifestaciones como las del veinte de Junio, mientras el Rey los patentizaba viviendo en un pie, y preservándose contra veneno y puñal demagogos con precauciones, ya exquisitas, ya ridículas. Era ridículo, por ejemplo, que la Reina ocultara sus proyectos de fuga continuos y luego encargase un servicio regio de ropa blanca en los almacenes parisienses para que todo el mundo cayese con acierto en la cuenta de que se iba su monarquía tras la frontera con ánimo de traer aquende la frontera el irruptor extranjero. Era ridículo no despedir las gentes que los rodeaban y servían, para luego abstenerse de tocar ningún plato hecho en su cocina y sustentarse con las golosinas y los pastelillos comprados por Madame Campan, historiadora de tantas minucias, á hurtadillas. El temor á una manifestación popular en el campo de Marte, campo de los federados, ya no aparecía ridículo, que aparecía fundadísimo. La Reina recelaba, leyendo las proclamas de los revolucionarios y las arengas de los clubs con el nombre de Harmodio y Bruto, que tomara un loco por tirano de Roma ó de Atenas el monarca, y le clavara puñal regicida en el pecho. Así dudaron los reyes entre ir ó no ir á la fiesta. Mas fueron, porque si el ir equivalía en verdad á un peligro, el no ir á un destronamiento equivalía. La Reina tomó para ir á la fiesta iguales precauciones que pudiera tomar para ir á un verdadero combate. Poco recataban estas precauciones, y parecía milagro no las dijieran en público los encargados de atizar en secreto el fuego de la discordia entre pueblo y trono. A lo mejor desaparecían muebles importantes de las habitaciones reales, y se aceptaban como regalos de las embajadas los baulazos y maletas de viaje, cuyas dimensiones acusaban á una con escándalo su verdadero destino y objeto. Otras veces ideaba ó fingía regalos remitidos á las archiduquesas de Austria para cohonestar el envío fuera de objetos valiosos con la seguridad que debía ofrecer sobre su permanencia en Palacio, donde parecía una de las avecillas nerviosas enjauladas, extendiendo sus alas para chocar con los hierros de su cárcel, picoteadas á la continua por el deseo de volar en el aire y en el éter bañarse. Muchas veces, para divertirse de sus cavilaciones, consumía la Reina veladas é insomnios, escribiendo sus memorias, y después rasgando todo cuanto escribía. Pero, en quien principalmente pensaba, era en sus deudos, pues los conjuraba con ahinco impertinente á salvarla todos los días. Sobrino carnal suyo el Empe-